



DETALLES DE MI VIDA

Parte 5

Detalles de Mi Vida – 5ª Parte

Libro 11, Compilación #05 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022

(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Los Caminos Más Altos de Dios

¿Nací acaso en un palacio? No; nací en un establo. ¿Acaso fui un fogoso profeta desde la niñez? No; desempeñé durante muchos años el humilde oficio de carpintero. ¿Acudió el mundo en tropel a ofrecerme apoyo al comienzo de Mi ministerio? No; fui objeto de desprecio y rechazo, y me vincularon con prostitutas y borrachos. ¿Tuve un vistoso ministerio de alcance multitudinario? No; más que nada desempeñé el humilde ministerio de enseñar y capacitar a Mis doce discípulos y apacentar con las Palabras que recibía de Dios a todo el que tuviera a Mi alrededor y quisiera prestar oído.

Hubo ocasiones en que tuve un ministerio público, cuando las multitudes acudían a Mí porque sentían curiosidad por los milagros o para comer de balde luego de saber del milagro que había hecho con los panes y los peces. Sin embargo, con mucha frecuencia mi ministerio no era otro que el de un tranquilo maestro que se ocupaba de los que necesitaban de Mis Palabras y de adiestrar a Mis discípulos para que continuaran la labor después de Mi partida. La popularidad era pasajera. Lo perdurable era la Palabra que había sembrado. Fueron las enseñanzas y los cuidados prodigados los que a la larga llevaron fruto en la vida de Mis discípulos y los motivaron a transformar el mundo y llevar Mi verdad a millones de personas. De unos humildes orígenes salió algo muy grande.

Es que Mi Padre tenía un maravilloso designio para Mi vida, de la misma forma que Yo tengo uno para las de ustedes. Por medio de Mi vida y ministerio -que fueron aparentemente humildes, sencillos y de corta duración-, Dios ha obrado en la vida de millones de personas a lo largo de los siglos. Fue glorificado y muchos se sintieron atraídos a Él porque no me importó que me despreciaran y rechazaran los hombres. Me limité a cumplir las instrucciones de Dios aunque la gente culta de Mi época desdeñaba Mis métodos. Muchos quisieron proclamarme rey para que los liberara del yugo romano, pero no era esa la voluntad de Dios. Los judíos ansiaban convertirse en una nación grande, poderosa y opulenta regida por Mí, mas Dios había dispuesto un plan mayor y mejor.

El Momento y Lugar Apropriados

Estaba en el mundo como ser humano, igual que ustedes, pero no era del mundo. Darme cuenta de eso me infundía mucha fe y convicción. Saber que poseía algo mucho mejor, algo de gran valor, un tesoro mucho más valioso de lo que ningún ser humano podría imaginar, bastaba para mantenerme por el buen camino. Valoraba en gran medida Mi lugar y la misión que se me había encomendado como ser humano, y no quería decepcionar a Mi Padre ni a ustedes.

Sabía que tenía una misión -salvarlos-, y eso me espoleaba. En Mi caso había mucho en juego, lo mismo que en el de ustedes. Sabía que en Mis frágiles manos tenía gran poder, ya que poseía la verdad del Cielo. El futuro de la humanidad pendía de Mi condición humana. Tan pasmosa realidad me infundía ánimo para avanzar y apremio para obedecer la voz de Mi Padre, y como lo hice, aprendí y crecí en sabiduría y en estatura.

Era diferente, y eso estaba claro para quienes eran capaces de discernirlo. Yo era la luz. «La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron» (Juan 1:5 N. C.). Ustedes, Mis hijos, también son diferentes a los del mundo, pues los llenó con la luz de Mi Espíritu. Al igual que una ciudad asentada en un monte, Mi luz en ustedes no se puede esconder. Vine a la Tierra con la misión que me confió Mi Padre Celestial de llevar la luz a los demás. De la misma forma, los envíó a ustedes, hijos Míos, con la misión de comunicar a los demás las glorias de Mi Reino Celestial, que pronto habrá de descender a la Tierra.

Fui varón de dolores porque me afligía con la corrupción y perversión reinantes en el mundo. Me afligía por los perdidos y los que estaban solos en espíritu. Pero también me regocijaba, porque tenía la luz del Cielo en el corazón. Sentía congoja, aunque siempre me regocijaba, ya que sabía de las glorias celestiales y me daba perfecta cuenta de que lo que Mi Padre me pedía justificaba plenamente cualquier sacrificio que tuviera que hacer.

Me tomaba la vida en serio. Eso no significa que no sintiera gozo al servir a Mi Padre y hacer Su voluntad. Mi alegría era auténtica y duradera. Mis ratos de diversión, auténticos, y el placer que experimentaba era placer de verdad, desprovisto de los venenos de Satanás, puesto que apoyado en la gracia e intervención divinas rechazaba

sus mentiras y lo ponía en fuga. Me deleitaba en la libertad del Espíritu, y ello me permitía seguir adelante.

Al crecer en sabiduría, aprendí la importancia de saber que todo tiene su momento y su lugar. Hay un tiempo para reír y un tiempo para llorar, un tiempo para tomárselo con calma y un tiempo para apretar el paso. Tiempo para celebrar y tiempo para abstenerse de festejos. Tiempo para relajarse y tiempo para ponerse serio y reflexionar sobre el mundo. Tiempo para atender a las multitudes y tiempo para satisfacer una necesidad personal de alguien. Tiempo para volcarse a los demás y tiempo para retirarse a orar a solas con el fin de renovarse, recargar las pilas, captar la clara perspectiva celestial y volverme a llenar.⁽¹⁾

Plena Posesión

(María:) El Señor quiere vivir, pensar y moverse dentro de nosotros. Lo denomina «plena posesión». Para que Él tenga plena posesión, no solo debemos entregarle nuestra mente, sino también limpiar nuestros pensamientos de todo lo que no sea de Él, de todo lo que sea del mundo y esté ligado a las cosas del mundo o de nuestra propia naturaleza mundana. La posesión plena le permitirá valerse de nosotros para realizar milagros para Él. Nos ha dicho que cuando le permitimos poseernos por entero, todo es posible.

Que el Señor ejerza pleno dominio de uno no es algo que ocurra de la noche a la mañana. Es un proceso que se desarrolla paso a paso y toma tiempo. Les enumeramos algunas cosas que pueden hacer diariamente para encaminarse por la vía de la plena posesión:

- * Dediquen tiempo a la Palabra.
- * Cuando algo no se ajuste a la Palabra, evítenlo.
- * Obedezcan al instante y manténganse fieles a sus convicciones sobre lo que está bien y lo que está mal.
- * Escuchen al Señor en profecía. Dejen que les hable con frecuencia.
- * Sean humildes y denle la gloria en toda oportunidad.

- * No se dejen absorber por influencias mundanas: los medios informativos, espectáculos, falsos valores, materialismo, mentalidad carnal, etc.
- * Alaben al Señor en toda oportunidad.
- * Sean más tiernos y generosos.
- * Den testimonio fielmente.

(Jesús:) Si desean beneficiarse de todo el poder que les he conferido, no puede haber lugar a la vez para Mí y para la mentalidad carnal en sus pensamientos. No puedo hacer grandes obras a través de ustedes si está presente la mentalidad humana, porque estorba, demora y sofoca Mi Espíritu impidiendo que realice a cabalidad grandes hazañas por medio de ustedes. Impide que activen a plena capacidad los poderes espirituales con los que cuentan.

Para obrar grandes milagros, para cumplir su destino, es imprescindible que sean Míos. Es necesario que los posea por entero, sin reservas, y para eso deben revestirse de Mi mente. Deben pensar como pienso Yo. Deben permitir que el Espíritu de Mi mente se una con el de la de ustedes. Su cerebro debe ser el Mío. Deben revestirse de la totalidad de la mente de Dios.

No hay palabras en lenguas terrenas que describan con exactitud lo que estoy preparando para los que permitan que los posea plenamente al entregarse de lleno a Mí. Para ustedes habrá gloria eterna y espléndida sobremanera. Para ustedes estoy preparando Mis más grandes y singulares premios y obsequios. Serán tan asombrosos que solo los podré dar a quienes superen las mayores pruebas, los que se me entreguen sin reservas y sin vacilar. (Tomado de Plena posesión, CM 3376:35-36,55, GN 973)

Sabía que si no lograba hacer contacto con el Espíritu de Mi Padre y recibir guía e instrucción de Él jamás saldría adelante. Sabía bien que no me sería posible lograr Mi propósito y hacer Su voluntad en cada circunstancia en que me encontrara, en cada situación que tuviera que afrontar, si no tenía un vínculo estrecho con Él.

Podrían suponer que la facultad de escuchar a Mi Padre era perfectamente natural para Mí, algo inherente a Mi naturaleza, parte de Mi ser, por ser el Hijo de Dios encarnado en la Tierra. Pero no era así. Al contrario, era algo que me exigía mucho

esfuerzo y apremio. El Enemigo lo combatía por todos los medios; suponía una intensa lucha espiritual. No era nada fácil.

¿Les parece raro que Yo no siempre pudiera escuchar la voz de Mi Padre de manera automática y sin confusión alguna? Deben entender que Mi Padre tuvo que permitir que me sintiera un tanto desconectado de Él al principio, ya que era necesario que aprendiera a conectarme. Debía ser algo que me costara esfuerzo. Era necesario que asumiera la naturaleza humana y experimentara las debilidades propias de ella para comprender las dificultades que se les presentaban a ustedes y poder ayudarlos a superarlas.

Me relacionaba con Mi Padre de la misma forma que lo hacen ustedes conmigo hoy en día. Tenía que conectarme a Su poder. No podía hacerlo por Mí mismo; al igual que ustedes, no podía acceder a toda la sabiduría celestial por ósmosis. Me era necesario pedirla, tenía que absorberla, tenía que estar sometido para poder recibirla, al igual que ustedes hoy.

Al venir a la Tierra tuve que someterme a una especie de borrado de memoria. No habría podido pasar por todo lo que tuve que pasar, ni haber aprendido lo que necesitaba aprender para convertirme en vuestro Sumo Sacerdote, si hubiera sido omnisciente en ese entonces y no hubiera necesitado la ayuda de Mi Padre. Tampoco habría sabido lo que se siente cuando se tiene necesidad de soluciones, guía e instrucción. Era necesario que pasara por todo lo que tienen que pasar ustedes.

Desde luego, con el tiempo -una vez que supe qué pasos dar para proyectarme al plano espiritual y captar las señales- se me hizo más fácil escuchar al Cielo. Pero aun después de volverme diestro en la materia, había ocasiones en que la solución o instrucción no llegaba al instante, en que recibir algo exigía mucho esfuerzo y no todo estaba claro al momento de consultar.

El primer ejemplo que me viene a la memoria es la vez que los fariseos me trajeron a la mujer adúltera para preguntarme: «Maestro, ¿qué dices que debemos hacer con esta mujer?» Sabía que me estaban poniendo a prueba y su intención era acorralarme con esa pregunta, y no sabía qué responderles. No podía apoyarme en Mi propio entendimiento o experiencia. Tampoco había obtenido una respuesta inmediata de Mi Padre, a pesar de haberle preguntado. Esa fue la parte más difícil, y se convirtió en una difícil prueba para Mí. ¿Cedería al pánico? ¿Seguiría adelante sin más apoyándome en Mi propios razonamientos? ¿O guardaría silencio y me alejaría de allí? ¿Qué podía

hacer? No lo sabía. Pensé: Esperaré. Mantendré la calma afianzado en la fe a la espera de la respuesta de Mi Padre, y confiaré.

Aquellos momentos me parecieron horas, y también a quienes me rodeaban: a Mis discípulos, que se preguntaban si tendría la respuesta para tan polémico interrogante, daba la impresión de ser una situación sin salida, y su fe en Mí se vio puesta a prueba; a los escribas y fariseos, que se impacientaban y me presionaban, ansiosos como estaban por atraparme delante del pueblo; a la multitud que me rodeaba y ansiaba escuchar el veredicto; y también a la mujer cuya fe fue puesta a dura prueba, mientras esperaba la sentencia.

Era una situación de vida o muerte, llena de tensión. Me sentí tentado a ceder a la tremenda presión que sentía para dar respuesta. Pero esperé a la guía de Mi Padre. Aguardé en silencio y con paciencia la voz del Señor. Esperé con fe, sabiendo que Mi Padre no me fallaría en tanto que Yo no dejara de hacer lo que me había ordenado.

¡Entonces llegó la respuesta! Mi Padre me había hablado, me lo había dejado claro, ¡y qué alivió que sentí! Era la solución perfecta y lo que había que hacer. Me indicó que les dijera: «El que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Y dado que no había nadie allí exento de pecado, aquel día no se arrojó piedra alguna, y le perdoné los pecados a aquella mujer. (Ver Juan 8:3-11.)

Como verán, al igual que ustedes, no poseía gran sabiduría por Mí mismo, sino la que recibía de Mi Padre. Porque toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17).

«Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar» (Santiago 1:19). No procedan hasta que hayan recibido Mi guía, y entonces actúen con fe. Una vez que estén seguros de que en efecto es lo que quiero que hagan, no teman hacerlo. Pídanme unguimento, y procedan con fe, confiando en que llevaré buen fruto en su vida y en la de quienes estén a su alrededor.

Reglas de Sencillez

Las mejores respuestas son las más sencillas. La verdad siempre es sencilla. Mi amor es sencillo. Mis respuestas son sencillas. Cuando testifiquen, no teman contestar preguntas complejas con respuestas sencillas. Nadie puede abarcar todos los matices de un tema concreto en una respuesta. Al complicarse tanto, muchos lo malinterpretan todo. Así que es preferible conservar la sencillez. Así soy Yo.

De ese modo respondía estando en la Tierra cuando me veía enfrentado a preguntas difíciles, enredadas o incluso complejas. Daba testimonio y ejemplo del amor de Mi Padre. Demostraba Mi propio amor. Decía la verdad. Así, lo mantenía todo a un nivel muy sencillo y respondía los puntos más importantes.⁽²⁾

En Compañía de Mis Discípulos

Cuando estuve en la Tierra, fui un gran maestro. Mis discípulos reverenciaban Mis Palabras. Me respetaban y amaban. Pero Mis Palabras y pastoreo no eran lo único que les daba. Les entregaba Mi corazón, tiempo y amistad. La Biblia no registra las muchas ocasiones en que simplemente disfrutamos de la mutua compañía.

Compartimos momentos maravillosos. Momentos de distensión, ratos en que nos contábamos historias, en que reíamos; ratos en que hablábamos de sus familias, de lo que nos gustaba, de lo que queríamos hacer; hablábamos de nuestros sueños y aspiraciones. Aquellos momentos que compartimos fueron los que más nos acercaron. Ellos comprendieron que no solo había ido a la Tierra para llevar Mi verdad y Mi mensaje, sino con el propósito de conocerlos, de conocer su corazón, lo que pensaban, lo que sentían, y para hacerles saber que Yo era hombre de pasiones semejantes.

Mis discípulos se dieron cuenta de que Yo era alguien que podía comprender sus carencias. Podía verlos como eran, comprenderlos, y ellos eran Mis amigos, aquellos a quienes les había encargado que continuaran la misión que yo había ido a cumplir a la Tierra.

Los Trataba Como a Amigos

Una costumbre que ustedes deberían adoptar es la que Yo mismo practicaba cuando afirmé: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:15). Si se vuelven más comunicativos, amigables y asequibles, se parecerán más a Mí. Si bien Yo necesitaba pasar momentos a solas con Mi Padre, Mis discípulos sabían que podían contar con Mi ayuda, consejo, apoyo y oración tantas veces como lo necesitaran. Era para ellos un Pastor, Amigo, Salvador y Hermano.⁽³⁾

Prioridades: Conceder a Dios el Primer Lugar

Estando en la Tierra plenamente dedicado a Mi ministerio, tenía que consultar con Mi Padre para saber qué actitud debía tener en Mi relación y trato con mi padres terrenales, así como con Mis hermanos. Descubrí que no hay honra para un profeta en su propia tierra y entre sus parientes (Marcos 6:4). Había mucha familiaridad con los que me habían visto crecer, y cuando descendió sobre Mí el Espíritu Santo y recibí la unción para Mi ministerio, a los que me conocían de toda la vida les costaba mucho ver más allá de la carne. Siempre me habían visto de la misma manera, como un humilde carpintero y nada más. Grande era su incredulidad, y por eso, no pude hacer grandes milagros entre ellos (Mateo 13:53-58).

Traté de llevar el mensaje a Mis parientes, pero cuando se hizo evidente que no iban a cambiar, tuve que pedir a Mi Padre que me indicara cómo debía actuar en cuanto al trato con los de Mi propia sangre. Me señaló que «Mi madre y Mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la hacen» (Lucas 8:21). Habiendo entendido el concepto, pude fijar Mis prioridades. En ciertas ocasiones no tuve otra opción que explicar a Mis familiares que debía ocuparme de los asuntos de Mi Padre celestial.

Hoy les digo lo mismo que me dijo Mi Padre: Si no me aman mucho más que a sus padres, cónyuge, hijos o hermanos -incluso más que a la propia vida-, no pueden ser Mis discípulos (Lucas 14:26). Y amarme mucho más que a todos ellos significa concederme el primer lugar en todo aspecto de su vida. Es hacer Mi voluntad: predicar Mi Evangelio y realizar Mi obra en vez de dedicar demasiado tiempo al trato con quienes no tienen intención de hacer Mi voluntad o pretenden apartarlos de ella.

Con raras excepciones, sus familiares ejercerán una influencia negativa. Así fue en Mi caso, y para ceñirme a Mis prioridades, con frecuencia tenía que dejar de verlos, como pueden leer en Mi Palabra. Cierta día que me encontraba predicando a una multitud, Mi madre y hermanos fueron a buscarme, y Mis discípulos me informaron que deseaban hablar conmigo. Les respondí que Mi madre y Mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la hacen, y proseguí con la tarea prioritaria que entonces me ocupaba: predicar el mensaje que se me había enviado a predicar (Marcos 3:31-35).

No es que no amara a Mi madre y Mis hermanos. Los quería mucho. Pero sabía que lo que revestía mayor importancia, incluso más que mis nexos carnales, era obedecer a Mi Padre del Cielo, hacer Su voluntad, proclamar Su verdad y cumplir la misión para la que había ido a la Tierra.⁽⁴⁾

Los Caminos Sombríos

¿Qué fue lo que me dio la compasión, la comprensión, el deseo de ser el Sumo Sacerdote? ¿Cómo podía llegar a entender del todo lo que ustedes viven cada día? ¿Cómo podía percibir el dolor de una pérdida, del fracaso, de las frustraciones que sienten por sus debilidades y defectos? ¿Cómo podía llegar a entender la profunda tristeza que causa la pérdida de alguien a quien se quiere en el alma? Aunque los amo desde la creación del mundo, nunca entendí la magnitud de esas vivencias hasta que estuve a la Tierra y viví esa vida, hasta que sentí esas angustiosas experiencias.

Hasta que el corazón se me hizo añicos cuando me vi separado de Aquel a quien amaba por encima de todo -Mi Padre-, no pude comprender de verdad las necesidades y batallas de ustedes. Es algo que uno no puede captar por simple observación. Algo así solo se puede comprender desde el fondo del corazón, y la única manera de entenderlo es vivirlo en carne propia. Cuando se llora de angustia por lo que se ve como una pérdida de lo que más se ama y aprecia, se comprende el verdadero valor de una pérdida.

Pero eso también tiene su lado positivo. A pesar de vivir la experiencia de estar separado de Mi Padre, terminé acercándome a Él mucho más que antes, de la misma manera en que ustedes se acercarán a Mí gracias a las dificultades que afrontan en su vida y a sus fracasos. Por medio de esas experiencias les otorgo el privilegio de obtener los dones más preciados: compasión verdadera y profunda, entendimiento cabal de lo

que siente un corazón y la capacidad de relacionarse con los demás que solo proviene de los lugares más recónditos de su espíritu.

¿Acaso no creen que de haber podido, Mi Padre hubiera bajado a ocupar Mi lugar en la cruz? El dolor que sintió al ver cuánto tenía que sufrir Yo fue tan terrible para Él como para Mí. Pero de haberlo hecho me habría privado de Mi Esposa: ¡ustedes! Me habría quitado la corona, porque gracias a aquello puedo ahora reinar y amarlos de este modo, lo cual no habría sido posible de otra manera.

¿Acaso no guí a varios de Mis discípulos por algunos de los caminos más sombríos a fin de prepararlos para hacer grandes portentos? ¿Acaso antes de convertir a Pedro en un testigo intrépido que hacía milagros en Mi nombre no permití que se cubriera de vergüenza negando conocerme? ¿Acaso María Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros no habían llegado al extremo del pecado y el fracaso a los ojos de los hombres? Y sin embargo hice de ellos grandes testimonios de fe por la gran transformación que tuvieron cuando lo dispuse.

Eso mismo puedo hacer hoy. Todavía hay esperanza para los que son pecadores y fallan a los ojos del mundo, porque no están fuera del alcance de Mi poder para transformarlos. Aunque estés sumido en la más honda desesperación, atravesando experiencias sombrías y difíciles, puedo librarle y ayudarte a seguirme mejor y más cerca que nunca.

Visiones de Triunfo

Cuando comencé Mi ministerio, mientras iba por todas partes haciendo el bien, mientras me topaba con situaciones de necesidad, Mi fe se veía puesta a prueba. Tenía que recurrir a cada momento a Mi Padre en busca de respuestas, soluciones y orientación, y eso era lo que me mantuvo fuerte.

Fue en medio de la batalla como me aumentó la fe y crecí en estatura y en sabiduría. Empecé a amar la batalla, porque sabía que luchaba por ustedes, por su corazón, su alma y su vida, y valía la pena pagar cualquier precio. Sabía que era una batalla digna de combatirse. Una batalla en que se decidía la eternidad, una batalla decisiva, y sabía que valía la pena por las recompensas que nos aguardaban.

Era una batalla por el amor y por el bien, una batalla entre dos mundos. Yo libraba una guerra entre dos mundos, y sabía que estaba del bando vencedor. Era una batalla entre el bien y el mal, una batalla para derrotar a Satanás y su horda de demonios, y eso me condujo hacia la victoria. Me gustaba luchar contra el Enemigo cuando andaba por la Tierra, porque sabía que luchaba por el bien, por el bando que no puede perder. Cada vez que ponía los ojos en Mi Padre, con cada batalla ganada, aprendía a amar el combate. Me gustaba derrotar al Enemigo.

Cuando Satanás recurrió a sus trucos para tergiversar las Palabras de Mi Padre, gustosamente empleé Mis armas espirituales contra él. Me daba gusto verlo darse la vuelta y huir arrastrándose lleno de vergüenza. Cuánta alegría sentía cada vez que llegaban los ángeles y me ministraban, y eso acrecentaba Mi fe.

Mientras mantuviera la mirada fija en el Cielo, sabía que el Cielo entero estaba conmigo, y que no podía fallar mientras no me diera por vencido. En tanto que siguiera luchando, sabía que no podía perder. Daba igual qué impresión me diera, porque sabía que los sentimientos no eran de fiar. Mi fe estaba firme en el Cielo y fue lo que me sacó adelante.

Cuando miraba a las multitudes sabía que valía la pena; cada prueba, cada tentación, cada batalla, cada tribulación. Solo pensar en los demás, solo pensar en ustedes, hizo que valiera la pena. Sabía que Mis padecimientos no eran comparables con la gran recompensa de la gloria venidera que en Mí había de manifestarse.

No habría podido soportar la idea de sufrir en vano, de ir a la Tierra como humano, renunciar a la gloria del Cielo y no correr la carrera y ganar. Tomar conciencia de eso me ayudó a seguir adelante. ¿Iba a sufrir tanto en vano? Haber llegado tan lejos y darme por vencido hubiera sido una derrota, como colgar los guantes justo antes de la victoria final.

Sólo pensar en eso me dio el valor para decir a Mi Padre: «No se haga Mi voluntad, sino la Tuya» (Lucas 22:42). Hasta ese momento, en lo físico sentí la tentación de darme por vencido, pero sabía que no podía confiar en Mis sentimientos. En el fondo sabía lo que debía hacer. Al invocar la ayuda de Mi Padre obtuve las fuerzas para seguir adelante y Su Espíritu me ayudó a continuar.

Así es, ese fue el secreto de Mi victoria, de la misma manera que lo será de la de ustedes: acudan a Mí, pídanme que los ayude a mantener la vista fija en la meta.

Mantengan los ojos en el Cielo. No pierdan la motivación celestial. Vivan de ella y cobren fuerzas. Así como Yo sabía que las pruebas no eran comparables con las recompensas venideras, también ustedes, hijos Míos, deben saberlo (Romanos 8:18). Todo lo que les he prometido lo haré, así como Mi Padre lo ha hecho por Mí. Así como Yo soy glorificado en el Padre, ustedes se glorificarán en Mí.

Por lo tanto, tengan ánimo, como Yo lo tuve cuando estaba en la Tierra. Avancen sabiendo que hay un plan y que tienen un propósito, una razón para vivir y para luchar. ¡Que ello los llene de dicha y los impulse a aferrarse a Mí, a continuar con la frente en alto a pesar de los obstáculos que surjan, a no dejarse derribar por los aparentes fracasos, sino que los impulsen a actuar disfrutando de la batalla blandiendo las armas más poderosas que el mundo ha conocido al defender la fe y responder al llamado celestial!

Pedro y las Llaves

Cuando pregunté a Mis discípulos quién pensaban que era Yo, Mi amado Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, Hijo del Dios viviente». Entonces le dije que sobre esa roca, ese axioma, establecería Mi iglesia -el cuerpo de los que creen en Mí- y que las puertas del Infierno no prevalecerían contra ella. ¡Las puertas del Infierno y todas las fuerzas de éste, todos los demonios, los archidemonios y ni siquiera Satanás, podrán permanecer en pie ante el magnífico poder de la iglesia que desencadené cuando estuve en la Tierra!

Entonces entregué a Mis discípulos las llaves del Reino (Mateo 16:18-19). Eran llaves espirituales que permitieron que Pedro (y aquellos como él que vivían por fe, expresaban su fe y me obedecían por fe) atara lo que debiera atar, ya fuera en la Tierra, en el Cielo o en el Infierno, a fin de propulsar Mi iglesia.

El poder de las llaves fue lo que les di entonces, así como se lo he dado a ustedes ahora que el Tiempo del Fin se aproxima, si bien de una manera nueva y mejorada. Puede encerrar a los demonios del Infierno y todas las malas influencias y obras de Satanás. Y ustedes pueden desatar en su totalidad el fenomenal, tremendo, invencible e increíble poder del Cielo con las llaves que portan en las manos.

Pedro se llenó del Espíritu, experimentó Mi perdón después de haberme negado, descubrió su vocación y se lanzó de lleno con gran poder y ungimiento.⁽⁵⁾

Batallas Mentales

Ustedes saben que me compadecía de sus debilidades y que se me tentó en todo igual que a ustedes (Hebreos 4:15). Les cuento que cuando habitaba en la Tierra, de joven, estuve al borde del colapso mental. Experimenté el tormento de tener que oír la voz del Enemigo. Yo comprendo la sensación de estar agobiado y haber perdido el dominio de uno mismo. Al tentarme a saltar desde una montaña, el Enemigo trató de matarme no solo mental, sino físicamente.

Padecí de agotamiento mental, casi al punto del colapso. No solo trataba de complacer a Mi Padre, sino que además quería ser un buen hijo para con mis padres terrenales, buen hermano, buen amigo, buen modelo, buen todo. En mi mente carnal me impulsaba el sentido de la responsabilidad. Yo sabía que el poder no estaba en Mí, sino que tenía que venir de Dios, de Mi Padre, pero a veces batallaba con la mente, así como con los ataques del Enemigo. Tenía que aprender a luchar contra él y contra la tentación de apoyarme en Mi propio entendimiento. Era el blanco principal del Enemigo, que intentaba cuanto podía para que Yo abandonara Mi corona y cediera a él.

Cuando muchos leen en la Biblia cómo el Diablo trató de tentarme, dan por sentado que por ser el Hijo de Dios y tener todo ese poder, con solo levantar un dedo podía frustrar los ataques del Enemigo. No se detienen a pensar que además era hombre. Tuve que aprender a luchar contra el Enemigo como hombre, como ustedes, valiéndome de las armas espirituales que poseía: la oración, las llaves, pedir ayuda a Mi Padre y a los espíritus ayudantes, rechazar al Enemigo y sus demonios y citar la Palabra. Aprendí que cuando combatía en espíritu ganaba.

A veces los ataques del Enemigo me aterrorizaban tanto que pensaba que iba a volverme loco. ¿Por qué Yo, el Hijo de Dios, atravesaba semejante batalla espiritual? ¿Qué me pasaba? ¿Qué había ocurrido con Mi poder? Esas fueron las veces en que experimenté temor en Mi mente humana. Temor a hundirme, temor de que no se me rescatara, a que el Padre no me salvara. Tuve que aprender a sobreponerme al miedo humano y depender del Espíritu y la Palabra de Mi Padre. Tuve que aprender, como todo hombre de fe, a apoyarme en la Palabra y no permitir que el Diablo me quitara la

fe en las promesas de Mi Padre. La Palabra y las armas del espíritu eran Mi fuente de fortaleza y lo que me ayudaba a vencer, y también lo serán para ustedes.

Mientras me veía a Mí mismo en la carne, por más que tratara de hallar la salida a los ataques del Enemigo con Mis dos manos, solo sentía que me hundía más. Pero en cuanto empezaba a luchar en espíritu con las armas espirituales invocando las llaves, acudiendo a Mis espíritus ayudantes para que me rescataran, y luchaba en oración y alabanza, al Enemigo no le quedaba otra que dejarme tranquilo. Entonces acudían Mis ángeles a ministrarme. Mi Padre los mandaba a animarme. Me enviaba con ellos un mensaje de aliento diciendo que estaba orgulloso de Mí por luchar. Tomaban Mi cara, me besaban las lágrimas y me animaban a seguir luchando.

La Lucha Vale la Pena

Yo entiendo la debilidad de la carne. Hubo tantos casos en que sentí que no podía más, que no tenía fuerzas para continuar. En momentos así tenía que rogar con más apremio a Mi Padre para que me diera la fuerza sobrenatural que necesitaría para cumplir Mi meta, para hacer la tarea que me había encomendado.

A veces me preguntaba por qué sería tan difícil. ¿No me podía facilitar un poco la tarea? Ya de por sí me resultaba difícil estar en carne humana, teniendo que soportar dolor, hambre y cansancio por no dormir lo suficiente, para encima tener que soportar tremendas batallas espirituales rechazando demonios, luchando por otros y su curación y teniendo que resistir las tentaciones y dificultades con que el Enemigo me acosaba sin cesar; era demasiado. Esas sí que eran pruebas.

¡Doy gracias porque podía acudir a la ayuda de Mi Padre, y Él nunca me defraudó! A veces era una prueba; no veía cuál sería el desenlace físico, y tenía que confiar en que Mi Padre sabía lo que hacía y todo estaba en Sus manos.

A veces era difícil persistir, porque sabía que me esperaban más batallas, pruebas y dificultades. Sin embargo, Mi Padre me asistía a cada momento, hasta que al final pude decir: «Consumado es».

Mientras estuve en la Tierra no se me manifestó mucho aprecio ni gratitud, pero cuando me reencontré con Mi Padre, se me recompensó con creces cada sacrificio y dificultad, y volvería con gusto a pasar por todo eso si fuera necesario. Valió la pena

cada prueba, cada dificultad, cada tentación. Todo valió la pena. Mi mensaje para ustedes es que tengan paciencia. ¡Sigán luchando día a día!⁽⁶⁾

La Palabra Oportuna en el Momento Oportuno

Sé lo que es que te calumnien. Sé lo que es que te planten. Sé lo que es verse amenazado. Muchas veces fui objeto de amenazas. Sin embargo, ¿recuerdan la postura que asumí en esas situaciones? ¿Cómo respondía a las preguntas capciosas que me hacían los de la sinagoga para tenderme una trampa? En muchas ocasiones les respondía con otra pregunta o narrándoles una parábola. En otras, ¡ni les hacía caso!

Muchas veces, sobre todo en los primeros años de Mi ministerio, no fueron esas las reacciones de Mi preferencia. En ocasiones tuve el impulso de dar a Mis enemigos un poco de lo mismo que me daban. Si bien no era brusco ni irascible, hubo momentos en que sentí el impulso de responder con un poco más de energía. Lo cierto es que cada vez que preguntaba a Mi Padre cómo debía reaccionar, casi siempre me contestaba que la mejor manera de responder era con amor, lo cual siempre resultó ser prueba de mayor sabiduría.

Como Mi Padre, les voy a aconsejar que hagan lo mismo. Al pedirles que manifiesten amor a sus enemigos no les propongo que sean unos blandengues timoratos. Si hubo algo que me caracterizó es que no fui un debilucho a la hora de responder con amor y prudencia a las acusaciones de Mis enemigos. Al reaccionar como lo hacía demostré ser el más fuerte. Demostré que estaba por encima de sus ataques, que sus palabras no podían afectarme ni hacerme daño, porque era dueño de un poder mayor que el que poseían ellos. Así, cuando oían Mis respuestas quedaban desconcertados. Terminaban teniendo que callarse la boca, apabullados, avergonzados de las sandeces que habían dicho; y la mayoría de las veces se iban bien rápido y me dejaban tranquilo.

Ustedes también pueden estar dotados del mismo tacto y sabiduría que tenía Yo en la Tierra. Es más, por medio de las llaves lo pueden tener en mayor cantidad. Invóquenlas para que Mi Espíritu de tacto y buen tino comunique autoridad a sus palabras, ilumine sus pensamientos y les indique exactamente cómo responder y qué decir o escribir a los que se les enfrenten. ⁽⁷⁾

Gracia para una Decisión Difícil

La noche que pasé en Getsemaní, antes de emprender el camino final a la cruz, tuve ante Mí la difícil alternativa de entregar o no Mi vida voluntariamente. Ya había manifestado al pueblo que lo que me iba a pasar no me lo acarrearía nadie, sino que Yo mismo había optado por ello (Juan 10:17-18); y que de no haberlo consentido Yo, Mi Padre habría enviado instantáneamente una legión de ángeles para librarme. En efecto, en ese caso Él me hubiera librado; sin embargo, eso me habría privado de cumplir Su voluntad suprema y hubiera fracasado en Mi misión de redimirlos a ustedes, Mis hermanos perdidos.

Yo, el Cordero de Dios, era el único capaz de pagar ese precio. Aun sabiéndolo, me resultaba difícil entregarme en sacrificio. ¡Todavía me costaba trabajo! La decisión siguió siendo difícil a pesar de las muchas veces en que opté por acatar la voluntad de Mi Padre. Aprendí por experiencia que acceder a hacer la voluntad de Mi Padre traía los máximos resultados. Eso me indicaba cuál sería la decisión acertada. De todos modos, le pregunté si habría otra opción. Pero cuando recibí Su respuesta, incliné la cabeza y le pedí la gracia para obedecer una vez más Su voluntad (Mateo 26:39).

Perder a un Ser Querido

Muchos piensan que porque Dios es omnipotente y omnisciente, Mi Padre y Yo no experimentamos la separación que sufren los seres humanos cuando un ser querido parte de este mundo. Se entiende que durante mi paso por la Tierra tuve que aprender a entablar de nuevo con Mi Padre el pleno contacto de que gozábamos en el Cielo; lo que muchos no alcanzan a comprender es que en realidad supuso una separación.

Aunque los dos sabíamos que el otro estaba cerca, de todos modos se produjo una separación emocional. Y es que la separación emocional es la parte más difícil de soportar cuando un ser querido se va de este mundo. Mi Padre y yo experimentamos plenamente esa sensación. En Mis horas de agonía los dos pasamos por un tiempo en que se había cortado el estrecho vínculo emocional que tenía con Mi Padre, y también se truncó esa proximidad de Él con Su hijo. Aquella sensación de abandono fue breve, pero muy angustiada. Por eso, puedo asegurar que en efecto hemos experimentado la batalla que conlleva la pérdida del vínculo emocional con un ser querido.

Por otra parte, tuvimos que aprender a experimentar nuestra conexión emocional y unidad de espíritu en un plano diferente. Cuando descendí a la Tierra y asumí forma humana, tuvimos que restablecer nuestra conexión. Lo mismo pasa con ustedes en la Tierra cuando un ser querido se ausenta y va al Cielo: entonces se hace necesario restablecer el vínculo, ya que uno de los dos sigue desarrollándose en el plano físico mientras que el otro se remonta ya al espiritual.

Mi Padre y Yo experimentamos una separación así y tuvimos que aprender a conectarnos completamente en un plano distinto. Gracias a que experimentamos eso, podemos consolarlos y animarlos a ustedes, y al mismo tiempo enseñarles a restablecer contacto.

Llevé sobre Mí Vuestros Sufrimientos

No dejo desconsolados a los que en Mí confían (Juan 14:18). Los auxilio en sus momentos de dolor. Los ayudo en la aflicción; intercedo por ustedes.

Ese fue uno de los motivos por los que vine a la Tierra. Viví, sufrí y morí entre ustedes para poder interceder por ustedes; para poder mediar por ustedes en sus momentos de sufrimiento, enfermedad y dolor. No los dejaré ser tentados más de lo que puedan resistir. Dispuse que hubiera una salida cuando llevé las dolencias de sus cuerpos sobre Mis hombros y acogí en Mi propio cuerpo el dolor que los afecta. Cuando morí en la cruz padecí por ustedes: esa es la vía de escape que les abrí, puesto que ya dejé saldada la cuenta que ustedes tenían con el Padre. Sepan, pues, que si echan sus cargas sobre Mí, Yo los sustentaré (1 Corintios 10:13; Mateo 8:17; Salmos 55:22).

Muchos hombres y mujeres del mundo han dado la vida por otros. Muchos han sufrido y ofrendado la vida por una causa valiosa. Así y todo, cuando entregué la vida por ti, no fue lo único que hice por ti. No solo sufrí mi propio dolor y angustia, sino que también se dispuso que acarrease sobre Mí tus sufrimientos y tu dolor. Vine en carne a fin de probar la muerte por cada uno de ustedes. Padecí más de mil muertes en esa cruz; sufrí mucho más que la muerte padecida por un solo hombre. Di la vida por cada hombre, mujer y niño que ha existido sobre la faz de la Tierra. Llevé en Mi cuerpo el dolor de cada uno. No solo sufrí mi propia angustia, sino también la tuya, para que por Mis llagas tú también fueras sanado (Isaías 53:5).

Acarreé y asumí el dolor, hijos Míos, de cada uno de ustedes. No morí sólo por uno de ustedes ni me compadecí por sólo uno. Morí por todos, me compadecí de todos, del dolor y del sufrimiento que pasó cada uno, para que tuvieran salida. Cuando echas tus cargas, preocupaciones y padecimientos sobre Mí, te sustento. Es que ya he llevado a cuestas tus pecados. Ya asumí tu dolor y tus sufrimientos, para que gracias a lo que padecí te sanes, liberes y encuentres alivio en la necesidad.

Cuando me clavaron en la cruz, pagué por todo. Sufrí tus penalidades para eximirte de todo, para que nunca jamás tuvieses que saborear la muerte y para que en la hora de tu paso a la otra vida te librases de la angustia. Por tanto, Mis fieles no tienen que hacer otra cosa que echar sus cargas sobre Mí. Yo ya pagué el precio, ya soporté el dolor y llevé sobre Mí sus sufrimientos.

Lo único que queda hacer es mantenerse firmes, sabiendo que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que manifestaré en ustedes (Romanos 8:18). Este es el gran consuelo que doy a Mis hijos: que si sufren por causa de Mi nombre, los dotaré de una gracia y una gloria extraordinarias que les posibilitarán sufrir penalidades. Además, con el poder del Cielo los guardaré en la hora de la angustia y se los coronará de honra y de gloria.

Madres Solteras

Preguntarás: «Te has compadecido de todas las debilidades, pero... ¿y las mías? ¿Conoces el dolor de una madre soltera? ¿Conoces la angustia que provoca la soledad? ¿Conoces el temor al rechazo y la pena que da, la desesperanza, la desesperación? ¿Sufriste este martirio alguna vez en la Tierra?»

Conozco tus sentimientos. Mi propia madre en la Tierra fue soltera, viuda, después de la muerte de su marido. La vi llorando de noche cuando creía que los demás estaban dormidos. La vi lidiar con los afanes diarios de la vida sin que nadie la acompañase, le ayudase a llevar sus cargas y le levantase los pesos que ella no se sentía capaz de llevar. Vi sus lágrimas. Hasta oí el clamor silencioso de sus oraciones.

A raíz de esa experiencia que tuve en la Tierra comprendí lo que son la belleza plena, la fortaleza pura y la profundidad de carácter que no se halla en ninguna otra alma excepto en el corazón de una madre soltera. A mi regreso al Cielo opté por revivir esos

momentos vividos en la Tierra. Tomé sobre Mí el dolor de las madres solteras, la aflicción que les ocasiona su soledad, la zozobra que les causan sus sufrimientos, el martirio que supone para ellas las pruebas por las que pasan. Traspasé ese pedazo de su corazón al Mío para que nunca dejase de comprenderlas y siempre pudiese compadecerme de sus debilidades.

(Pregunta:) En aquella época ¿no era costumbre judía atender a las viudas?

No era fácil ser viuda en aquel entonces, como tampoco lo es hoy en día. Existía, instituido por la Ley Mosaica, un sistema de asistencia social, pero no cubría sino las necesidades más elementales, lo mismo que la red de asistencia social moderna solo cubre lo esencial. La vida seguía siendo difícil para la viuda. María también tenía varios familiares carnales que le proporcionaban lo que necesitaba. Algunos no estaban en condiciones de ayudarla: eran ancianos y pobres; otros la tenían en muy poca estima: la consideraban promiscua por haberse dejado embarazar fuera del matrimonio; irresponsable y veleidosa, por haberse ido a vivir largos años a Egipto, y lo que consideraban delirios de grandeza acerca de Mí y de Mi futuro. No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su propia casa (Mateo 13:57).

Lo Esencial

¿Por qué creen que me retiraba al monte? Tenía necesidad de apartarme de todo para hacer lo que más importaba: fortalecerme y renovarme de tal modo que pudiese correr la carrera que tenía por delante y concluir Mi misión (Mateo 14:23).

Tuve que cumplir esa misión hasta las últimas consecuencias. De haberme dejado morir a la vera del camino antes de llegar a la cruz, o haber desfallecido en Mi interior espiritualmente y haber desistido antes de tiempo, habría naufragado. Les habría fallado a ustedes, habría fallado a la humanidad entera, habría fallado a Mi Padre y le habría fallado a todo el Cielo. ¡Habría frustrado todo el propósito de la Creación! La carrera que corrí fue una maratón. Veía la meta delante de Mí. Sabía sin asomo de duda adónde me dirigía y a qué ritmo avanzar para cumplir Mi cometido.

De no haber alcanzado Yo esa meta, todo habría sido en vano. Es cierto que habría demostrado amor a unos pocos, o quizás a muchos. Habría dado el ejemplo de amor que les hacía falta ver. Los habría apacentado espiritualmente con las Palabras de Mi

Padre. Habría sanado a muchos y los habría convencido de que era el Hijo de Dios. Habría realizado grandes obras, alentado a muchos y ganado su amistad, y los habría sacado del pozo de la depresión en que se encontraban. Los habría hecho más felices, les habría cambiado y mejorado la vida y su modo de verla. Pero si no hubiera llegado hasta el Calvario, todo habría sido en vano.

Era el cordero de Dios. Nadie más podía serlo. De no haber llegado Yo a esa cima, habría fallado en lo que tenía absoluta preeminencia, la misión que primaba sobre todas las demás: llegar a la cruz y morir por ustedes. Tuve que dejar todo lo demás, todo lo que lo hubiera impedido. Todos Mis actos tenían que estar encaminados a esa meta. ⁽⁸⁾

Gracia para Soportar la Persecución

«No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana» (1 Corintios 10:13). Cuando estaba con ustedes en el plano físico era un hombre sujeto a pasiones iguales. Todos hasta cierto punto tienen miedo al futuro. Podría compararse con el episodio que se cuenta de D. L. Moody de cuando le preguntaron si tenía la gracia para morir, y respondió: «¡No, porque todavía no me estoy muriendo!»

¿Tienen ustedes la gracia para sufrir persecución? En este momento no. Si lo meditaran y se pusieran a pensar en todas las salvajadas que les podrían ocurrir, dirían que no tienen la gracia para padecer persecución, porque todavía no les ha tocado.

Como dije, pues, todo el mundo tiene una medida de gracia, pero cuando llegan los momentos que exigen una gracia mayor, se les concede. En la víspera de la crucifixión se me otorgó una gracia muy grande. Rogué: «¡De ser posible, pase de Mí esta copa!» Mi Padre permitió que pasara por esa prueba, y les dije a Mis discípulos: «¿No creen que podría rogar al Padre y Él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles?» (Mateo 26:53). Ellos habían presenciado los milagros y estaban acostumbrados a ver ese poder en acción. Con todo y eso, tenían miedo. Hasta huyeron despavoridos. Como dice la Escritura, todos huyeron y me abandonaron (Mateo 26:56).

Se dieron cuenta de que no emplearía el poder que se me había conferido para apelar a la ayuda de ángeles. A Pilatos le dije lo mismo: «Mi Reino no es de este mundo». Le señalé que no tendría ninguna autoridad sobre Mí si Dios no se la hubiera concedido (Juan 18:36; 19:11).

Durante mi vida terrena tuve que obrar con mucha cautela, sobre todo cuando se acercaba Mi hora. Ya no andaba públicamente entre los judíos, porque querían matarme (Juan 11:53-54). De todos modos, vivía en sintonía con la voz de Mi padre, que me indicaba cuándo debía actuar abiertamente, cuándo esconderme y cuándo pasar de largo.

Así como Yo encaré la vida en la Tierra al servicio de Mi Padre y soporté toda la persecución que traía aparejada, ustedes harán lo propio. Serán capaces de afrontar toda circunstancia por la que Yo los haga pasar. Bien se ha dicho: «Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12). Claro que ustedes no solo la padecerán sino que se librarán de ella. De uno u otro modo saldrán victoriosos como Yo. Tendrán la gracia para afrontarla, como la tuve Yo.⁽⁹⁾

Aprendí Sabiduría

Yo no tuve sabiduría desde el día en que nací. Tuve que aprender por medio de las experiencias que viví (Lucas 2:52). No era omnisciente ni perfecto. De haberlo sido, jamás habría entendido lo que es aprender, discernir, madurar y ser sometido a prueba. Podría recurrir a la sabiduría de Mi Padre. Ustedes también cuentan con ella. Sin embargo, el conocimiento que había tenido en el Cielo había quedado detrás de un velo; de otro modo, Mi estadía en la Tierra no habría sido una prueba válida.

En efecto, aprendí cosas en la Tierra que no conocía en el Cielo. Antes de ir a la Tierra no sabía lo que era vivir como lo hacen ustedes. No sabía lo que se siente al pasar por las experiencias que viven ustedes y tener que tomar las decisiones que ustedes tienen que tomar. De haberlo sabido todo antes de ir a la Tierra, no habría tenido mucho sentido vivir 33 años. Lo hice para poder aprender lo que es ser humano. Si eso no hubiera constituido una parte importante de Mi misión, podría haber aparecido en la Tierra a los 30 años, vivido un par de años y luego haber muerto por los pecados de ustedes. Evidentemente Mi vida era mucho más que eso. Había muchas más cosas que tenía que aprender y experimentar. Por eso pasé tantos años en la Tierra.

Estando en la Tierra tenía que experimentar lo que es ser como ustedes, saber lo que es no tener todas las soluciones a mano, sino verse obligado a orar y obtener soluciones y sabiduría del Cielo. No debía ir a la Tierra con todos los conocimientos del Cielo, sabiéndolo todo para poder responder las preguntas de la gente y resolver todos los

problemas del mundo por Mi cuenta. No era esa la idea en modo alguno. Obraba junto con Mi Padre, igual que ustedes obran en colaboración conmigo hoy en día.

Tenía que recurrir al poder de Él, al del mundo del espíritu. No podía hacerlo todo por Mi cuenta. Al igual que les pasa a ustedes actualmente, no tenía acumulada en Mí la sabiduría del Cielo. Tenía que obtenerla, tenía que pedirla, absorberla, estar abierto a recibirla, lo mismo que ustedes hoy.

No es fácil explicar algunos de estos conceptos en términos terrenales. Aunque es cierto que vine y viví la vida del hombre, eso fue tanto por el bien de ustedes como por el Mío. El principal motivo que tuve para ir a la Tierra fue que ustedes me conocieran como hombre de carne y hueso, que supieran que, en cierta medida, viví todo lo que han de vivir ustedes, y puedan por tanto tener fe en que los entiendo. No es que al ir a la Tierra renunciara a Mis prerrogativas como Hijo de Dios. Se podría decir que opté por dejar ciertas cosas detrás de un tabique en Mi Espíritu, a fin de vivir más las experiencias de ustedes, sin conocer o entender totalmente el pasado, el presente y el futuro. Así pude llegar a entenderlos más.

El caso es que siempre tuve amor incondicional. Ese fue el principal motivo por el que vine a la Tierra. Siempre tuve conocimiento y comprendí que estaba como Dios entre los humanos, para ayudarlos, para salvarlos, para manifestarles Mi amor. Soy y siempre he sido su Dios, su Salvador, profundamente enamorado de ustedes. Lo sé todo, y aunque haya optado por ir a la Tierra a vivir algunas experiencias en carne propia, eso no significa que no las conociera antes o que no supiera de ciertas cosas que no existían en aquellos tiempos. Pero fui a la Tierra para experimentar la totalidad de las emociones humanas, y como les dije, lo hice tanto por el bien de ustedes como por el Mío.

Y por haberlo hecho, ustedes saben que no soy un sumo sacerdote que no sienta el dolor de sus aflicciones, ya que en todo se me tentó como a ustedes. De modo que el justo término medio se encuentra en lo mejor de los dos mundos: fui a la Tierra para vivir como viven ustedes, y a la vez era y seré siempre omnipotente y omnisciente y los amaré sin condiciones. Si opté por bloquear parte de ese poder cuando estaba en la Tierra a fin de experimentar las emociones humanas con mayor claridad, fue parte del amor que les tengo.

La Opinión que Vale

Yo sé lo que es sentirse menospreciado. Sentí lo mismo que sienten ahora ustedes cuando algunos no me apreciaban ni valoraban lo que intentaba hacer por ellos. Vine a los Míos, y los Míos no me recibieron (Juan 1:11). Vine a sanar a los enfermos, y muchos no querían sanarse, sobre todo del espíritu. Sufrí el dolor del rechazo y de que no me correspondieran Mi amor y los sacrificios que hacía, sino que me lo arrojaban en la cara. Me despojé de toda reputación, me acusaron de pecador, de borracho y hasta de diablo (Filipenses 2:7; Juan 9:16; 10:20; Mateo 11:19). Me calumniaron y despreciaron sin causa, y finalmente me dieron muerte de tanto odio y miedo como me tenían.

Sé lo que es sentir que no piensen bien de ti. Pero me di cuenta de que ese era uno de los precios que tenía que pagar para darlo todo por Mi Padre y cumplir Sus designios y Su voluntad. En Mi corazón tuve que resolver no hacer caso de ninguna de esas cosas (Hechos 20:24). Estuve dispuesto a afrontar la dura realidad de que no todos me recibirían bien ni aceptarían Mi ayuda ni apreciarían lo que hacía por amor a ellos. Y eso es lo que les pido a ustedes.

Sé que duele y lastima, pero les ruego que no hagan caso y no permitan que los aparte de Mi servicio. Más bien dejen que los enternezca y les quiebre el corazón de forma que espiritualmente los impulse adelante más que nunca y los motive a acudir a Mí en busca de Mi perspectiva, Mi punto de vista, Mi consuelo e instrucción en esas épocas de maduración y de estirar la fe.

No deseo que tengan que sufrir por las opiniones ajenas, amores Míos. Y si tienen la humildad debida, no los molestará demasiado. Al contrario, alégrese y agradezcan que Mi opinión de ustedes es la que tiene verdadera importancia, y que saben lo que pienso de ustedes.

Dónde Se Es Más Feliz

Desde el punto de vista de ustedes, Mi ministerio en la Tierra es muy grandioso, porque ven el mucho fruto bueno que dio y la forma en que transformó el mundo. Pero si vieran cómo era en Mi época, su perspectiva sería muy diferente. Tuve que aprender a ser siervo. Tuve que aprender a cumplir los designios de Mi Padre, tanto los de Mi padre terrenal como los de Mi Padre Celestial. Tuve que soportar y sufrir los

padecimientos y emociones de la carne para entender a cabalidad a cada persona e identificarme con ella. Tuve que renunciar a Mis poderes celestiales para volverme humano y soportar muchas, muchas batallas, pues todo eso fue parte de Mi preparación. (Filipenses 2:5-8; Isaías 53:3-9; Hebreos 5:8-9).

Como ustedes, quería hacer grandes cosas, empezar a sanar a los enfermos y anunciar la buena nueva de la salvación. Pero tenía mucho que aprender primero, así que me sometí y convertí en siervo, en carpintero, en un don nadie a los ojos de los hombres. Habiendo sido el Rey del Universo, pasar a ser un humilde carpintero fue un cambio considerable. Todo ello tuvo una finalidad: tenía que aprender lo que es ser humano y a no apoyarme en Mis propias fuerzas, sino a acudir a Mi Padre para que me las diera.

Hubo muchas cosas que aprendí que hoy en día son piedras angulares en la vida de ustedes. De no haberlas aprendido, no podría identificarme con ustedes ni estaría en condiciones de instruirlos como puedo hacerlo ahora. Ahora puedo afirmar que realmente los entiendo, porque pasé por lo mismo.

Así que aprendan a confiar en Mí y a tener fe en que todo lo que disponga que experimenten es para el bien de ustedes y para fortalecerlos. Aunque los lleve a un lugar desolado que a juicio de ustedes no tenga ninguna posibilidad o a un ministerio [o empleo] que parezca sencillo o no suponga reto alguno, tengan la certeza de que tengo un plan, un propósito para ello, y de que al descubrirlo encontrarán a su vez la felicidad y el contentamiento que ansían.

No hay situación más feliz que el centro de Mi voluntad. No hay nada más apasionante que saber que me complacen y que ocupo el primer lugar en su vida. Todo lo demás palidece cuando se compara con la felicidad y el contentamiento que brinda cumplir Mi voluntad.

Cuando son capaces de renunciar completamente a todo lo que les es entrañable -es decir, lo que desean o anhelan que haga por ustedes- y me lo encomiendan y me lo entregan por voluntad propia, les daré a cambio verdaderas riquezas y los deseos que apenas han soñado.⁽¹⁰⁾

Compadecido de vuestras debilidades

Volvamos por un momento a las horas previas a Mi muerte en la Tierra. Mientras estaba reunido con Mis discípulos, lo que más me dolía no era que tuviera que sufrir y morir, puesto que se me había concedido la gracia para lo que habría de enfrentar. En aquel momento, el corazón me dolía aún más a causa de dos de los que estaban sentados conmigo. Uno era Judas, el cual Yo sabía que me traicionaría y que al verse enfrentado con sus acciones, optaría por desesperarse y quitarse la vida antes que volverse al Padre e implorarle perdón. El otro era Pedro.

Yo sabía la prueba tan escalofriante que habría de afrontar Pedro. A sus ojos, la batalla que Yo debía sobrellevar le habría parecido mucho mayor, pero Yo entendía la intensidad de la desesperación en la que se sumiría, el torrente de mentiras de Satanás que se abatiría sobre él y lo débil y confundido que estaría. Para él, en cierto modo, la prueba fue tan grande como la que debí soportar Yo horas más tarde en Getsemaní. Yo lo entendí, y se me partió el corazón por él. Vi su sufrimiento y lo sentí con la misma intensidad que el Mío.

De haber podido, habría tomado su carga y habría intentado llevarla Yo mismo. Pero sabía que él tenía que pasar por ese momento de dolor para convertirse en lo que debía ser. Mi dolor, el que debía sobrellevar Yo, me dio comprensión y compasión por los seres humanos que se hundían en el pecado; Mi muerte en la cruz fue el supremo sacrificio para salvar al hombre de esos pecados y liberarlo. Y esa compasión me la enseñaron las experiencias que viví en la Tierra. Sentí el dolor, experimenté el sufrimiento y comprendí la lucha interna de cada una de las personas a las que impartí enseñanzas, de cada uno de los que sané, de cada uno de aquellos cuya vida afecté.

Yo no podía vivir como un ciego de nacimiento. No podía ser la mujer que padecía el flujo de sangre, que soportaba grandes dolores y angustias físicas. No podía ser el leproso que sufrió años de ostracismo mientras veía con gran dolor cómo moría su carne. No podía ver perecer a Mi hijo delante de Mis ojos y sentir la desesperación de no poder impedirlo. No podía haber vivido todo eso en un solo cuerpo. Lo que me dio la compasión y la comprensión, lo que me convirtió en el Sumo Sacerdote vuestro, que se compadece de vuestras debilidades y fue tentado en todo al igual que vosotros, es que el Padre dispuso que experimentara por medios sobrenaturales el dolor, el sufrimiento y las batallas de cada persona cuya vida afecté profundamente (Hebreos 4:15).

Naturalmente, no habría podido haber vivido todas aquellas experiencias en tiempo real. Mi cuerpo físico no habría podido soportar todo eso y además cumplir el propósito para el que se me envió a la Tierra. En cambio, sí se me permitió percibir en carne propia la sensación de pérdida de cada persona, su pesar y sufrimiento, y comprenderla a fin de contar con la motivación necesaria para cumplir Mi misión. Cada experiencia contribuyó a afirmar Mi convencimiento de que la única forma de librar a los hombres era proceder con lo que Mi Padre me había encomendado que hiciera.

Cosas Grandes y Ocultas

Entiendo que emplear el don de profecía supone un reto; cuando estaba en la Tierra, en algunas ocasiones lo fue también para Mí. Había muchas distracciones. Recibir mensajes de Mi Padre exigía mucha fe y flexibilidad de Mi parte. De ahí que a veces me apartara e internara en las montañas en busca de un remanso de quietud donde pudiera escucharlo. Me levantaba de madrugada, antes que todos los demás y me tomaba ese tiempo a solas con Él. Ustedes podrían intentar hacer eso también, si lo desean, y ver si les da resultado.

No dejen que el Enemigo los desanime con su don de profecía; tengan la certeza de que quiero hablarles. Sigán empapándose de Mi Palabra y llenándose el corazón, la mente y el espíritu de Mis promesas. Recuerden el versículo que dice: «Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). Aquí les dejo otro más: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). Recuerden Mis promesas: se escribieron para ustedes.

Así que cuando el Enemigo los asalte armado de sus muchas mentiras y pensamientos desalentadores para convencerlos de que no pueden escucharme o que se trata de sus propios pensamientos, repréndanlo con esos versículos y con Mis llaves. Oblíguenlo a retroceder. Confíen en que después de haber orado y haberme pedido que me tome el tiempo de hablarles, en efecto, les enseñaré cosas grandes y ocultas que no conocen. Prometo hacerlo. Yo nunca falto a Mis promesas (Números 23:19).

Lanzarse a lo Desconocido

Sé lo que se siente cuando se va en pos de lo desconocido. A veces da miedo. Yo lo sentí así cuando me lancé a ejercer Mi ministerio público. Contaba con las promesas de Mi Padre, tenía garantizada asistencia del Cielo y el Padre me había dado una gran paz interior y fe en que había llegado el momento. Aun así, daba miedo. Así que los entiendo.

Pues bien, ustedes están en la misma situación en que estaba Yo. Naturalmente, ninguno de ustedes es el Hijo de Dios, pero sí son Mis esposas y cuentan con el mismísimo poder, ungimiento y ayuda del Cielo que tenía Yo. Yo sabía cuándo había llegado el momento indicado -igual que ustedes-, y al igual que ustedes, tenía muy bien asimilado que era la suprema voluntad de Mi Padre, que era Mi vocación y Mi destino. Al lanzarse por fe a su nuevo puesto de servicio -es decir, su vocación o llamamiento-, no habrá nada que los contenga.

Me costó abandonar el entorno al que estaba acostumbrado, a Mi madre, a Mis hermanos y a Mis primos, a quienes amaba. Fue duro abandonar lo que había llegado a convertirse en un ambiente cómodo que me brindaba seguridad, y lanzarme a algo nuevo. Es, pues, comprensible que al principio tengan un poco de aprensión. Es natural. Pero a medida que den pasos de fe, esa fe se quedará respaldada por todo Mi poder y ayuda espiritual. Se lo prometo.

Es Puramente por Fe

Yo vine en pañales. Años después, inicié Mi ministerio público, no como alguien que se hubiera criado en el palacio de un rey ni como un príncipe heredero educado para ejercer el poder y asumir grandes cargos, sino como un humilde carpintero. Ese era Mi ropaje, por así decirlo, de modo que cuando la gente me miraba, no veía al gran príncipe heredero que era. No; lo que veía era ni más ni menos que el hijo de un carpintero. Gracias a ello les resultaba fácil aproximárseme y pedirme ayuda.

Les encantaba reír y bromear conmigo, beber y jugar conmigo. Yo era uno de ellos. El trato que les dispensaba no era el de alguien que estuviera en un plano espiritual superior. Podían identificarse fácilmente conmigo.

Es cierto que tuve que renunciar a todo para entrar en el cuerpo de ese bebé. Tuve que dejar atrás ni más ni menos que todo, salvo lo que era esencialmente, Mi propio Espíritu. Todo lo demás lo dejé a un lado para hacerme uno de ustedes. Para que vean cuánto los amo. Lo bastante para dejar a un lado Mis propios pensamientos, Mi propia sabiduría. Me despojé y me deshice de todo lo que había recogido para Mí por la eternidad, y me vestí de los atuendos de ustedes, de su guarnición humana.

Ni siquiera nací en una habitación, mucho menos en una casa o una gran mansión. Ni siquiera había espacio para Mí en la casa; tuvieron que ponerme atrás con los animales. Así de humilde y modesto fue Mi ingreso al mundo de ustedes. No pudo haber sido más humilde. ¿Por qué? Porque era menester que me identificara con ustedes y con toda la humanidad, humilde y modestamente, en calidad de siervo de todos.

Nunca había hecho eso. Nunca había ido a la Tierra en esas circunstancias, no para asumir verdadera forma humana. Aunque es cierto que había hecho algunas visitas previas, en cierto modo esas fueron pruebas en las que tuve asistencia de Mis ángeles y otros seres espirituales. En cambio, en aquella ocasión no era un simulacro. Iba solo y despojado de Mis conocimientos y sabiduría anteriores. Aquello suponía una gran prueba de Mi fe mientras estaba en forma humana. ¿Sería capaz?

Renuncié a todo lo que tenía en la mente, a toda Mi sabiduría celestial, todo aquello que hacía de Mí lo que era. Entré entonces en la morada de Mi cuerpo físico. Encarné un ser humano, sujeto a las limitaciones, dolores y sufrimientos, no solo del cuerpo físico, sino también de las emociones y de la guerra espiritual que eso conlleva. Fue una gran prueba. ¿Conservaría la lealtad y fidelidad a Mi Padre y saldría adelante?

Lo único que sabía en concreto era que Mi Padre lo lograría por medio de Mí siempre y cuando clamara a Él y dependiera de Él. Era todo por fe, fe en Mi Padre y en que contaba con Su respaldo. Era igual que lo es actualmente para ustedes: todo por fe, fe en que cuentan con Mi apoyo. Y en efecto, así es. Mi Padre dio lo mejor de Sí por la humanidad; y lo mejor que tenía era Yo; confió en que no perdería la fe y en que al final saldría airoso.

Ya conocen la historia. Logré ser fiel hasta la muerte, y al final obtuve el galardón: y el galardón eran ustedes, amores Míos. Los recuperé, los reivindicé para Mí y abrí las puertas del Cielo por toda la eternidad para todos aquellos que deseen entrar en él. Vencí a Lucifer.

Antes de entrar en ese gran banco de pruebas que era la Tierra, tenía muchas aprensiones en cuanto a cómo me desempeñaría. Pero una vez que llegué allí y que me afirmé y llegó el momento, el Espíritu de Mi Padre descendió sobre Mí y lo seguí y obedecí.

Lo mismo sucederá con ustedes. Para que Mi Espíritu descienda sobre ustedes, deben ser sumamente humildes. Deben carecer de toda confianza en ustedes mismos. Cuando abrazan esa mentalidad y saben que no son nada, lo que eso significa es que me han dado lugar a Mí, y en el momento indicado intervendré y los guiaré.⁽¹¹⁾

- (1) La Vida de Jesús en la Tierra. 1ª Parte - # 3546: 10-18
- (2) La Vida de Jesús en la Tierra. 1ª Parte - # 3546: 38 - 53
- (3) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 5 - 8
- (4) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 12 - 16
- (5) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 28 - 47
- (6) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 55 - 64
- (7) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561:9 - 12
- (8) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561: 18 - 38
- (9) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561: 42 - 47
- (10) La Vida de Jesús en la Tierra, 4a Parte - # 3604: 9 - 25
- (11) La Vida de Jesús en la Tierra, 4a Parte - # 3604: 39 - 59